

« Sois generoso con el generoso, sereis terrible con el perverso.

» Vos sois, Señor, quien alimenta la antorcha que me alumbrá : iluminad mis tinieblas.

» Con vuestra ayuda, oh mi Dios, cruzaré el campo de mis enemigos : con vos tendré fuerza y agilidad para saltar sus murallas.

» Dios es más elevado que el cielo : tú, miserable criatura, no podrias alcanzarle : más profundo que el infierno, impenetrable á tus miradas. Dios es más extenso que la tierra, más vasto que la mar.

» Dios conoce la vanidad de los mortales, ve el crimen en medio de las sombras \* . »

Sí, Dios es y hace todo eso : Dios ve el crimen en medio de las sombras : vosotros, miserables criaturas, qué veis ? Quereis por ventura igualaros á Dios, viendo lo que no podemos ver en medio de la oscuridad que nos rodea ? Cuán prontos se hallan á condenar á sus semejantes esos buenos, esos pios que no quieren ver en la religion sino una estrecha cárcel, donde el hombre no puede moverse ni echar una mirada en torno suyo ! Dios es más elevado que el cielo, más profundo que el infierno, más extenso que la tierra, más vasto que la mar ; y lo que es Dios es su religion, elevada, profunda, extensa, vasta en todas direcciones. Y tú la reduces á términos mezquinos ? y tú rebajas su infinita altura ? y tú le quitas su profundidad y la vuelves somera y sin asiento ? « Hombrecillo de tierra, de qué te ensoberbeces ? polvo y ceniza, porqué te magnificas y engran-

\* Cántico de David. Los Jueces. Job, Ant. Test.

deces ? » Tú no puedes tomar á Dios y medirle, y formarle segun tus pasiones y tu ruin naturaleza : déjale elevado, profundo, extenso, vasto, es decir, desconocido para nosotros. No sabes que Platon, con ser quien era, veia una como impiedad en el empeño por descubrir la naturaleza de los dioses ? Lo más santo, lo más sabio es someternos á ignorarla : leccion de un gran Doctor de la Iglesia, de la cual pudieras aprovecharte, si la mala fe y la ignorancia no te mantuvieran léjos de la virtud y la sabiduria. Tú, no solamente anhelas por conocer la naturaleza de Dios, sino que la has conocido ; y conociéndola, ¡ cuán triste desengaño has debido llevar, pues le viste menguado, egoista, rencoroso, exactamente como tú, á cuya imágen le forma tu locura. Mi Dios es un misterio, misterio grande ; y *los misterios son las esperanzas de la muerte*. Ahora pues, como las esperanzas de la muerte son la fuerza de la vida, yo estimo que vivimos á fuerza de un misterio, el cual nos será revelado cuando esas esperanzas sean cumplidas.

No quereis ir á Grecia ni á Roma, no sea que no halleis virtudes : busquémoslas ; si las hallamos, ¿ qué perdeis ? No soy la sibila de Cuma que va guiando por el Averno al pio Eneas ; no la sombra de Virgilio que conduce á Dante Allighieri por los Campos Elíseos ; pero no soy ciego : yo veo con la sinceridad ; vosotros no veis : seguidme por medio de las ruinas de Grecia y Roma. Cuál es la primera de las virtudes ? La primera es una ley natural grabada profundamente en el corazon del hombre, el afecto religioso, amor y temor de la Divinidad, ora la llamemos dioses, ora Dios. Veamos

si los griegos la amaban y la temían. Alcibiades, ídolo del pueblo por su valor y su hermosura, sale una noche de una orgía, y entre la razón y el delirio, tambaleando por las calles de Atenas, va y mutila los Hérmenes sacrosantos ó estatuas de los dioses tutelares. Huye al otro día el réprobo : los atenienses, exaltados, enfurecidos, le han condenado por unanimidad. Con los hombres, dijeron, sea insolente cuanto quiera el bello libertino ; sus desacatos con la Divinidad, los ha de pagar con la vida. Esto en Grecia : veamos lo que pasa en Roma.

Los galos han entrado la ciudad por fuerza de armas : Camilo Furio, en el destierro : el Senado, degollado en el recinto de las leyes. Los restos de la patria se han acogido al Capitolio, donde los está salvando la aspereza del sitio y la providencia de los penates. El enemigo tiene cercada la ciudadela : nadie sale que no pague con muerte irremisible su atrevimiento. Cayo Fabio Dorso se levanta un día, reviste los hábitos sacerdotales, toma las insignias de Roma, y con paso firme echa á andar hácia el monte Quirinal, donde su familia tenía fundado un sacrificio. Los galos, en mudo asombro, se abren y le dejan paso libre. Consumado el sacrificio, el jóven sacerdote, sereno, grave, siempre con sus insignias, vuelve, cruza el campo enemigo y entra ileso al Capitolio. Hé aquí el amor de la vida pospuesto á la pasión religiosa : los mártires del cristianismo no hubieran dejado ver mayor firmeza. En cuanto al atrevimiento, esa es la virtud heroica.

Para el amor á la patria, ved al jóven Curcio cómo viene por allí caballero en un bridon fogoso, ataviado con sus más ricos vestidos, haciendo escarceos y regates

de triunfador. Toma distancia, vuelve el caballo, le aprieta el acicate, y, brillando al sol sus armas, se tira de cabeza en el abismo abierto al pié del templo de la Paz. El oráculo había dicho que si no se echaba en esa sima lo más precioso que contenía Roma, grandes serían las desgracias de la patria. Curcio tuvo para sí que un gran corazón como el suyo era lo más precioso, fué, y se echó por ella en el abismo.

Grecia no le va en zaga á Roma en punto de amor patrio. Por consejo de Temístocles, los atenienses han resuelto abandonar la ciudad á los persas vencedores, y refugiarse con su libertad y sus dioses en la sagrada Salamina. Un hombre llamado Circilo, buen orador, se levanta y dice en alta voz : « Atenienses, queréis saber lo que os conviene y cumple ? Echad fuera á ese parlanchin que os arrastra á la ruina, y quedaos en Atenas : con un pueblo sumiso el vencedor será magnánimo. » Los atenienses, furiosos, le lapidan, y se van con su caudillo huyendo de la servidumbre. Atenas está, dijeron, donde están los libres atenienses.

Los trescientos Fabios degollados orillas del Cremera, los tres Decios sacrificados á la patria, todo es patriotismo ; patriotismo hervido en el crisol, tan refinado y puro, que pasa por sobre nosotros como una llama invisible, sin cortarnos el alma ni inflamarnos el cerebro. Vamos á ver, patriotas que habeis sindicado á Roma de falta de amor patrio, echaos en el lago fatídico, cual otros Curcios ; ó embestid con los sámnites, santa familia de trescientas personas, y morid sin sobrar uno ; ó dad á pecho descubierto sobre el ejército enemigo, semejantes á los Decios. Sabeis lo que habeis dicho,

menguados ? El patriotismo es la virtud de Roma : el amor á la patria la vuelve dueña del mundo. Las grandes acciones de nuestros tiempos no hacen sino remover para la memoria los tesoros de hazañas que están guardados en la antigüedad. La respuesta de Palafox á los franceses : Guerra hasta la navaja ! el acto de tragarse uno de éstos los papeles que pudieran dar luz al enemigo ; el fuego metido al polvorin por Antonio Ricaurte, son hechos hazañosos verdaderamente ; mas por ahí nos vamos agua arriba á dar en Mucio, en Horacio Coclés y otros brillantes personajes de la historia romana. Si ella y la de Grecia fueran estudio obligatorio para los jóvenes del día ; si por ley debieran saberlas de memoria, cuántos héroes, cuántos mártires no engrandecieran nuestros siglos. Los Paralelos de los varones ilustres de Plutarco han sido escuela de grandes hombres.

Los atenienses, en medio de un carácter frívolo, no anteponian lo útil á lo honesto : sabido es el informe que dió Aristides acerca del proyecto de Temistocles, que era meter fuego á la escuadra lacedemonia fondeada en el Pireo : Atenienses, dijo el hombre justo, no puede darse concepcion más provechosa para nosotros que la de Temistocles ; pero tampoco hay cosa más inicua. Os aconsejo la desecheis. Los atenienses, sin preguntar cuál fuese el plan del arconte, lo desecharon. La destruccion de Copenhagua por los ingleses, el incendio de los alcázares de Pekin por los franceses, el bombardeo de Valparaiso por los españoles, no han sido aconsejados por Aristides. En cuanto á los romanos, buena fe era divinidad que comprendia todos los dioses. Numa

fundó un sacrificio solemne en honor de ella : el sacerdote que debia celebrarlo iba en un carro cubierto, la mano derecha oculta en un crespon. La buena fe es ciega : no ve sino lo justo : para lo conveniente, si hay algo que convenga fuera de la justicia, no tiene ojos. Posible es que en el dia un soldado de honor y pundonor rechazara la proposicion que le hicieran de envenenar al general enemigo ; mas es tambien probable que no le enviara al delincuente con cadenas hácia el dicho general, denunciando la infame propuesta. Cayo Fabricio, pálido de cólera, hace maniatar al médico de Pirro, y se le envia al príncipe conquistador. Si alguna vez quebrantaron su palabra los romanos, fué conjurando la ira de los dioses con una víctima expiatoria : el convenio hecho con el cónsul que pasó por las horcas caudinas no fué admitido por el Senado ; y quien más habló contra él para que se lo rechazase, fué el propio cónsul que lo habia celebrado, tomando sobre sí la pena de ese concierto infamante. Lo mismo sucedió con el que hizo un tratado indecoroso con Numancia : improbólo el Senado, y el cónsul, á petición suya, fué puesto desnudo, atado de piés y manos, bajo la muralla de la ciudad ofendida. Cuando habia prometido una cosa, Roma hubiera muerto primero que faltar á su palabra ; y cuando á pesar de ella se habia cometido una injusticia, en la primera oportunidad la enderezaba con un acto solemne de reparacion ; y la majestad de la República quedaba en su punto. Ardea y Aricia tienen pleito sobre límites, y por bien de paz se quedan á la decision del pueblo romano. Este pueblo, por consejo de un viejo inicuo, determina quitarlos de ruidos á los contendien-

tes, adjudicándose á sí propio la parte disputada ; y de hecho se la adjudica. El Senado, hirviendo de ira, esperó su vez en silencio : tan pronto como le fué posible dar la ley á la turba del Foro, devolvió á sus dueños el territorio contencioso, sin ahorrar satisfacciones. Este es un gran pueblo.

Acciones de lealtad, aun hoy las vemos : Turena tenia entrevistas en su campo con su enemigo el gran Condé : sabiéndolo despues la reina doña Ana de Austria, reconvino á su capitán diciendo: Porqué no le tomabais al príncipe cuando venia á vuestro campo? Por que temia que él me tomara á mí, señora, respondió el valiente. Mas dudo que si un general diese hoy la libertad á cierto número de prisioneros, con la condicion de que si el enemigo no aceptaba tales y cuales proposiciones, se habian de volver á su prision, se volvieran sin faltar uno. Los doscientos prisioneros que Pirro mandó libres á Roma condicionalmente, se volvieron y se entregaron presos : el Senado no habia aceptado la paz. Los diez prisioneros enviados por Aníbal faltaron á su palabra : el Senado los declaró infames é inhábiles para los cargos públicos. Hé aquí la buena fe y la lealtad de un pueblo sabio. Entre nosotros es muy comun poner en peligro á un oficial generoso que se fia en la palabra de un preso y le da permiso de salir secretamente á tomar aire y cobrar vida con una ráfaga de libertad : el preso infame no vuelve : esto no hubiera sucedido en Roma. Esas grandes virtudes no resplandecian en público, sino porque en el hogar tenian actores : un pueblo bajo y corrompido en las relaciones

privadas de la vida, no será austero y sublime en la razon de estado : los dioses pequeñuelos de la casa, al salir á la calle crecen y se convierten en Apolo y Minerva, divinidades superiores. Los romanos fueron grandes en la política, porque fueron sabios en las acciones comunes de la vida : un hombre de buena fe para con los pueblos, de buena fe ha de ser para con las personas : así Quinto Escévola, estimando inferior al justo el precio de una heredad que trataba de adquirir, de golpe añadió cien mil sestercios. La finca que me han vendido, eso vale, dijo. Si se contentara el noble romano con dar lo que por ella le habian pedido, no hubiera faltado á la ley, pero sí á la conciencia. Teniendo por cierto que habia lesion enorme, esos cien mil sestercios eran para él un robo oculto ; y aun cuando del modo que el contrato habia sido celebrado no cabia reclamo en ningun tiempo, no quiso ser para ménos á sus propios ojos, y tuvo por mejor subir escandalosamente el precio, que poseer una cosa buena y barata contra los avisos de la equidad. Estas sí que no son acciones de nuestro tiempo : sino el fraude, la mezquindad y el abuso dan la ley en nuestras compras y ventas. A buen seguro que le tuviéramos por mentecato al que fuera á dar por una cosa diez mil pesos más de lo que le habia pedido el vendedor ; y por lo ménos seria tonto de caprote el que anduviese con escrúpulos de coger por veinte un caballo de á doscientos, en habiendo quien se le entregase. Quinto Escévola no es, sin duda, autoridad en la mohatra ; pero si hasta ahora no hemos tenido ocasion de honrar la memoria de ese hombre de bien con imitarle, nosotros, pobrecitos segundones del siglo

décimonono, podemos vanagloriarnos de haber dado veinte florines al mayordomo que nos pedia cuatro para un hospicio de ciegos en una ciudad del Rin\*, y un duro por una flor á una muchacha sin vista que las vendia cantando endechas á la Virgen. Un viejo de esos que tienen por indigno del hombre pedir limosna miéntras les puede sudar la frente, vendia peines hechos de su mano en una esquina de la calle. Qué es eso? La vuelta, señor. No teneis hijos, buen hombre? Tengo una, y tres netezuelos á quienes mantengo con mi trabajo. Quedaos con la vuelta, y agregad esta miseria más para el pan de esos niños. Mirónos el viejo con semblante sorprendido, y dijo cuando nos alejábamos: A Dios vayais, noble extranjero.

Asimismo se nos acuerda haber contestado con un sofion á una beata de malísimo pelaje que en Sevilla se nos llegó una vez á pedirnos un duro para el Señor de los Desamparados; y nunca le dimos ni un cuadrante á un pordiosero asqueroso que en la ciudad de Niza andaba pidiendo « para tabaco, » cerrados los ojos, la pipa en la boca, escupiendo amarillo al tiempo que rogaba. Pídanos la susodicha « para los desamparados, » y le hubiéramos dado cien mil sestercios; mas ella pedia para el Señor, que ni come, ni bebe, y fué caso de conciencia estrellarla con una grosería contra la pared. « El Señor de los Desamparados » era probablemente un cleriganso podrido en plata, de los que ahuyentan con los perros á los pobres que se asoman por sus umbrales,

\* En Wiesbaden. El Gobierno pone las dos terceras partes; los extranjeros llenan el presupuesto de esa benéfica institucion.

ó un cura de esos que amenazan con negar la sepultura á un cadáver, si no le dan cien pesos para los dijes de su barragana. Dios nos guardará toda la vida de contribuir para los vicios ni fomentar la avaricia de ciertos enemigos de Dios y de los hombres; pero el hambre será sensacion divina para nosotros, si llegáremos al caso de quitarnos el pan de la boca para dárselo al desheredado que llega y cae exánime á nuestra puerta. Para el Señor de los Desamparados, para la cera del Santísimo, para las ánimas benditas del purgatorio, todo es para el cura, ese hombre sin corazon que come de gallina, y le niega al mendigo hasta los huesos; que bebe de lo caro, y no tiene en el corredor una tinaja adonde el sediento llegue á humedecer los labios. Nosotros hemos tenido la desgracia de conocer un fariseo que salió una vez con el látigo hasta la calle tras unas desgraciadas mujeres que habian ido á rogarle con lágrimas en los ojos les rebajase alguna parte de los derechos de un entierro. No saben que el cura come de gallina? gritaba el impío; no saben que el cura toma vino? En el umbral de estos malos cristianos está impresa en gordos caracteres la inscripcion de la casa misteriosa de Pompeya: *Cave cane*; cuidado con el perro!

El vicario de Wakefield, el padre Cristóbal de « Los desposados; » los buenos y santos sacerdotes van fuera de esta cuenta. Quién seria osado á motejar las obras de los verdaderos apóstoles de la doctrina cristiana y la caridad? Religion que ha formado hombres como san Bruno, san Carlos Borromeo, espíritus celestiales en figura humana, es, sin duda, la madre de las virtudes.

Nosotros no nos estrellamos sino contra los prevaricadores, esos fantasmas que en silencio y en secreto son azotes que le abren las carnes á la parte más infeliz del género humano. Estos, si compran, no compran como Quinto Escévola : ellos dicen que se parten con la Iglesia en Dios y en conciencia el fruto de sus manipulaciones : así, á lo largo de las Lagunas Meótidas, si el pescador no deja lealmente para los lobos la mitad de la pesca, van éstos y destruyen las redes. El hombre evangélico, dádnosle: ese que ayuna, y no aborrece al que come ; ese que cree, y no maldice al que piensa ; ese que predica, y no condena al sabio ni al ignorante. Piedad, caridad, benevolencia, toques son del sacerdote perfecto ; y éste un santo personaje á quien aserafina el amor de Dios y el que le profesan sus semejantes, admirando virtudes tántas y tan grandes como resplandecen en su persona augusta.

Si alguna de las virtudes romanas se ha perdido casi por completo, es el desinterés : ejemplos hay, y grandes, pero tan raros en nuestra edad, que bien son una maravilla para los que los contemplan. El desinterés rayaba en lo sublime entre los romanos : el sueldo mismo, el ruin sueldo que hoy prostituye é infama á tanta gente, era desconocido en la grande época de Roma : jamas sus prohombres sirvieron á la patria por estipendio, ni tuvieron la mira puesta en las riquezas. Tiberio Graco, á quien el Senado confió una embajada solemne, no tenia sino cinco dineros por dia para lo estricto necesario ; y lo necesario en esos hombres era tan poco, que podian vivir á costa de nada. Hoy los embajadores de

las grandes potencias tienen cincuenta mil duros de renta anual : item, gastos de escritorio : item más, palacio donde se aposentán como príncipes. ¡ Y digo si esos claros varones harian gracia á su patria del quinto de su renta, si se viera por ello en riesgo de perderse ! Pues nosotros, pobretes republicanos del Nuevo Mundo, no tenemos entendido que darle ménos de doce mil fuertes á un ministro plenipotenciario en Europa, seria traer á ménos la Nacion, y exponerle al hambre y la vergüenza á ese oficial público ? A otros tiempos otras costumbres : hoy la necesidad y el decoro exigen esas erogaciones, y no hemos de ir á usurparle sus glorias á la antigüedad, tomándole virtudes que no son para nosotros. Queda sentado, no obstante, que los romanos antiguos las practicaron á lo grande, como la buena fe de Fabricio y el desinterés de Curio. Los senadores, cuando se veian en el artículo de imponer una contribucion, ellos eran los primeros que se la imponian, y siempre por mayor suma que los demas : el pueblo muchas veces fué excluido de esas derramas generales, donde los ricos daban mucho, los pobres poco. El pueblo, dijo un orador, harto contribuye con alimentar á sus hijos. Y no ahora, que los parlamentarios se han eximido en algunas partes, ó han intentado eximirse, hasta de pagar sus deudas, merced á la inmunidad, como los lores de la Gran Bretaña. Y estamos viendo cada dia en nuestras repúblicas democráticas defraudar al fisco hasta los tenientes parroquiales y los gendarmes, con arrogarse el privilegio *de officio* sobre las rentas del correo. Cabalmente los que tienen sueldo no han de contribuir con maldita de Dios la cosa para los gastos

comunes ? Un tiranuelo á quien la ignorancia puede servir de disculpa, no contento con redoblar sus anualidades, ha hecho poner con sus eunuco salario aparte á su cocinero, sus criados, sus caballos : y no es encarecimiento ni puro modo de decir, sino la verdad neta. Colocadnos á este varon ínclito en frente de esos de la antigüedad, y decidnos si más ejemplos de pundonor y grandeza nos ofrecen nuestros tiempos que los que llamais abismos ? « No ha habido pueblo en la tierra en donde la frugalidad, la economía, la pobreza hayan sido más ni por más tiempo honradas que en Roma. » Habéis, sin duda, vosotros los enemigos de Roma, hallado la manera de darle la desmentida al gran Bossuet, cuando decis que el amor por la historia antigua es perdicion de los cristianos ? Séaos remitida la culpa en gracia de vuestras cortas luces ; pero si la malicia tiene su parte en sandeces tan mayores de marca, venid aquí, correveidiles del demonio, y sabed que la *obediencia cadavérica* no halla cabida en pechos donde amor de Dios y del género humano están hirviendo encendidos por la inteligencia que desciende sobre ellos y los crece, y los vuelve gigantes. Fabricio, Curio, Emilio Papo, vencedores de los pueblos más ricos de Italia, desdeñaron sus presentes, y no tuvieron en sus casas sino vajilla de barro. Rufino, varon consular, fué expelido ignominiosamente del Senado por el Censor, porque la tenia de plata y oro. Suplamos, pues, la admiracion con la difamacion, y á falta de conocimiento de ese gran pueblo, maravillémonos de los nuestros, porque somos católicos, decis, aun cuando nuestra moral sea ruin, y nuestra corrupcion nos pervierta el juicio, en términos que

no alcanzamos á distinguir lo bueno de lo malo, lo grande de lo pequeño. Pueblo donde los hechos magnos y las virtudes humildes tenían coronas ; y la corona de ménos valor intrínseco era la más estimada, es, ciertamente, ejemplo muy ocasionado para los jóvenes cuyos estudios son cadenas que atan su alma á la voluntad destructora de esos maestros tenebrosos que enseñan el anonadamiento del espíritu, y tiran sus líneas al centro de la gobernacion del mundo por medio de la servidumbre y la ignorancia. Ya el concilio de Cartago prohibió á los obispos la lectura de los autores anteriores al cristianismo : esos ministros condecorados de la Iglesia no debian tener conocimiento del Fedon, de Platon ; ni del Edipo rey, de Sófocles ; ni del libro de los Deberes, de Ciceron. Quería vengarse el concilio, sin duda, de que san Agustin debiese su conversion á este autor sublime, segun él mismo lo declara en sus Confesiones. Platon, en el Fedon, enseña primero que todos la doctrina de la inmortalidad del alma. En la tragedia citada, Edipo, empurecido y limpio con las lágrimas del dolor, sube al cielo sin morir, cual otro Elías. Ciceron hace santos cristianos con sus obras ; y nosotros, á nombre de Cristo y de la Iglesia, prohibimos esas obras. Nosotros no ; vosotros, católicos de pocas obligaciones, las habeis prohibido ; y habeis hecho bien. Gregorio primero, andando el hacha al hombro por la ciudad de Roma, sin que nada quedase en pié ante ese furioso demoledor, os ha dejado un gran ejemplo : estatuas, pórticos, bibliotecas, todo cae hecho polvo ante ese santo fundador de la civilizacion cristiana. Si Tito Livio se presenta, queda en cenizas ; y el mundo, en fervo-